

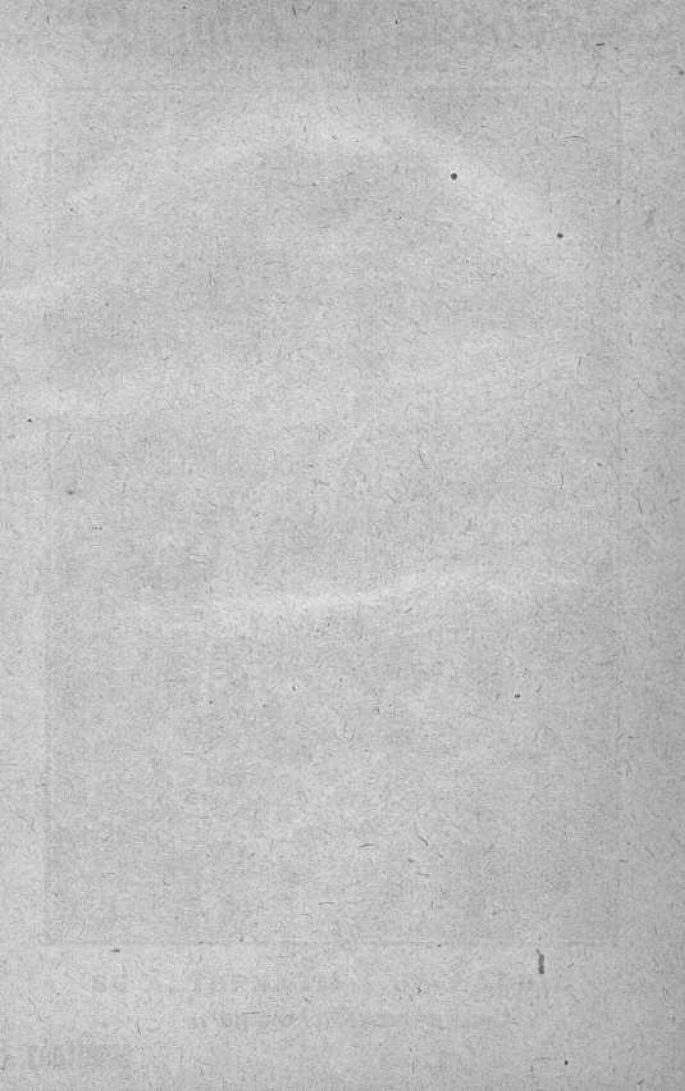
12.

CHIQUITO DE VEGONA









Had

“Chiquito de Begoña,,



SU ALTERNATIVA EN MADRID

11 DE SEPTIEMBRE DE 1910

5 céntimos





La alternativa de "Chiquito de Begoña,"



LA ALTERNATIVA

DE

CHIQUITO DE BEGOÑA

FOLLETO BIOGRÁFICO-CRÍTICO

POR

ANTONIO NISCUITO



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

SILVA 35 I.º DERECHA

MADRID



Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

AVISO AL PÚBLICO

Con el título de BIBLIOTECA «SOBAQUILLO» publicamos este folleto, al que seguirán otros varios de la misma índole. Hemos registrado el título de esta BIBLIOTECA como marca de fábrica para evitar adulteraciones.

LOS EDITORES



Último retrato de "Chiquito de Begoña,,"

LA VIDA DE UN TORERO

La niñez de Rufino.—Sus padres.—Católico, apostólico, romano.—Rufino, monaguillo.—Rufino, grabador de cristales.—Chiquito, aficionado.—La primera capea.—Recorriendo España... debajo de los asientos.—Cogido por un guardia civil.—Su debut.—El primer toro de muerte y la primera cogida.—Matador de alternativa. Fiestas en que ha intervenido y número de cogidas que ha sufrido.

Rufino San Vicente (*Chiquito de Begoña*), el diestro que, después de dos años de alternativa y de matar muchas reses bravas con gran éxito en la mayor parte de las plazas españolas y mejicanas, actúa por primera vez ante el público de Madrid como matador de toros y figura en el abono en la presente temporada, ha sido biografiado por el conocido revistero de un popular periódico madrileño en la siguiente forma:

«Rufino San Vicente nació en Begoña (Bilbao), en 1882. Sería mentir afirmar que sus buenos padres eran capitalistas ó simples burgueses. No eran sino obreros honrados, para quien el chiquillo fué más bien un nuevo agobio.

Pusiéronle Rufino al bautizarle, con arreglo á todas las prácticas de la religión católica. Porque hay que advertir que la familia del niño pertenecía á esa falange bizarra y fanática apegada á la tradición y entusiasta del clásico lema «Dios, Patria y Rey», que defendían con ciego tesón los partidarios del pretendiente D. Carlos.

Crióse Rufino dentro del más ardoroso fervor cristiano. Educáronle unos frailes de Vizcaya, y antes aprendió á ayudar á misa que á deletrear en las cartillas y á hacer garabatos en las planas de Iturzaeta.

El torero recuerda ahora aquellos tiempos, ya lejanos, en que rapaba velas y desvalijaba cepillos en las iglesias donde ejercitaba el pícaro oficio de monago.

Queríanle las viejas devotas porque era un truhán avispado y simpático, vivo de carácter y ameno en la charla, si cabe amenidad en ese dialecto eúskaro, machacón, pesado é insoporable.

Y que perdonen los vizcaínos.

Pero no todo había de ser revolucionar sacristías y «camelar» beatas vascuences. Los padres de Rufino pensaron, cuando éste hubo cumplido once años, que era ocasión de que aprendiera un oficio, cosa no reñida con el catolicismo y perfectamente compatible con la caridad cristiana.

El zagal begoñés entró, como aprendiz, en una fábrica de grabar cristales. Ganó dos reales de jornal, y tuvo el orgullo de codearse—¡él, hasta entonces sin más trato que el de monacillos de



**Retrato hecho el día de su alternativa
en Bilbao**

mala traza y devotas insufribles!—con hombres bizarros, que fumaban tabaco apestante y hablaban de unas buenas mozas «que buen cuerpo te tienen y buena gachonería te traen, pues».

Pronto se adiestró Rufino en el arte de grabar el cristal, y eran de ver las bonituras que hacía en las vidrieras de colores, destinadas á capillitas aristocráticas. Pintaba sobre ellas santos en éxtasis arrobadores; mártires heroicos que mostraban con una dulce serenidad en los ojos el horror de sus llagas y las crueles desgarraduras de sus carnes; vírgenes pálidas, con una mística belleza de santas atormentadas; angelotes rollizos y sonrosados: toda una colección, en fin, de figuras lamidas y recortadas, vistas en los cromos de Murillo y en las copias de Ribera.

Hizo la casualidad que Rufino fuera un día á los toros y se entusiasmara con el espectáculo emocionante y luminoso.

Nació entonces su amor al arte taurino, y dejó de ser el mozuelo trabajador y pacienzudo, á quien presentaban sus maestros como modelo en el oficio, para convertirse en un rabioso aficionado.

Rufino consiguió tener un capote de torear: era un verdadero pingajo, lleno de costuras, desteñido y manchado por cuajarones de sangre. Pero el chiquillo lo consideraba un tesoro preciado, más rico que todos los tapices del mundo.

Con él toreaba á los aprendices de la fábrica, y con él se fué á una capea que se celebró en los alrededores de Bilbao.

Fué entonces cuando Rufino se vió por primera vez delante de un toro. Era un animal grande, negro, ligero de patas, con unos cuernos espantosos y con unos ojos que llameaban fieramente.

El begoñés recuerda que le tiró el capote á la cara; sintió un bufido aterrador; dobláronsele las piernas, y el toro, alargando el pescuezo, lanzó á los aires de un topetazo al arriesgado mozalbete.

Levantóse éste maltrecho y dolorido. Se palpó el cuerpo por todas partes, y viendo que los cuernos del animal no le habían agujereado la piel, se convenció plenamente de que torear era cosa fácil y de que las reses bravas no proporcionaban más que revolcones.

Y, en vista de ello, se decidió á ser matador de toros.

Rufino había oído decir que Sevilla es la patria de los buenos toreros, y como era arriscado y audaz, resolvió irse allá burlando á sus padres, dejando la fábrica y olvidándolo todo para no pensar más que en sus ideales.

Así, una mañana se marchó á la estación, metióse en el tren y, oculto debajo de un asiento, hizo su primer viaje á Madrid, con toda la incomodidad que puede suponerse quien conozca esta humilde manera de realizar excursiones.

Del mismo modo fué Rufino de Madrid á Sevilla, sin que tuviera que lamentar más percances que las persecuciones de revisores celosos y poco caritativos.

Llegó el mozo á la capital andaluza sin otro

equipaje que el capotillo de brega y con unos perros por todo caudal. Pero á fe que con ello se creía más rico que Rostchild y más afortunado que un rajah de la India.

En Sevilla cultivó Rufino la amistad de otros muchachuelos de su misma condición y con su mismo amor al toreo. Con ellos fué á bregar á los Mataderos, á las capeas, á los cerrados y á todos los sitios donde sospechaba que podía tropezarse con un bicho astado, así fuera un manso carnero ó un cachazudo buey de carreta.

Los maletillas habían establecido su casino en el puente de Triana. Allí se reunían, cambiando impresiones y buscándose el sustento con arreglo á los medios que su ingenio les sugería.

Generalmente lograban unos cuantos perros gordos, practicando un sano deporte para contento de curiosos y desocupados.

Echaban éstos una moneda al río, y los mocitos se arrojaban al agua desde los muelles, buceaban como peces para cogerlas y salían á flote, llevándola entre los dientes.

En esta noble y esforzada tarea era Rufino muy diestro.

Aquella vida resultaba encantadora para el aficionadillo bilbaino. Pero sus padres andaban preocupados con la ausencia del hijo, y no dejaban de hacer averiguaciones para conocer su paradero.

Logró, por fin, saberse que estaba en Sevilla, y la familia acudió á las autoridades para que dispusieran el retorno de Rufino á su hogar.

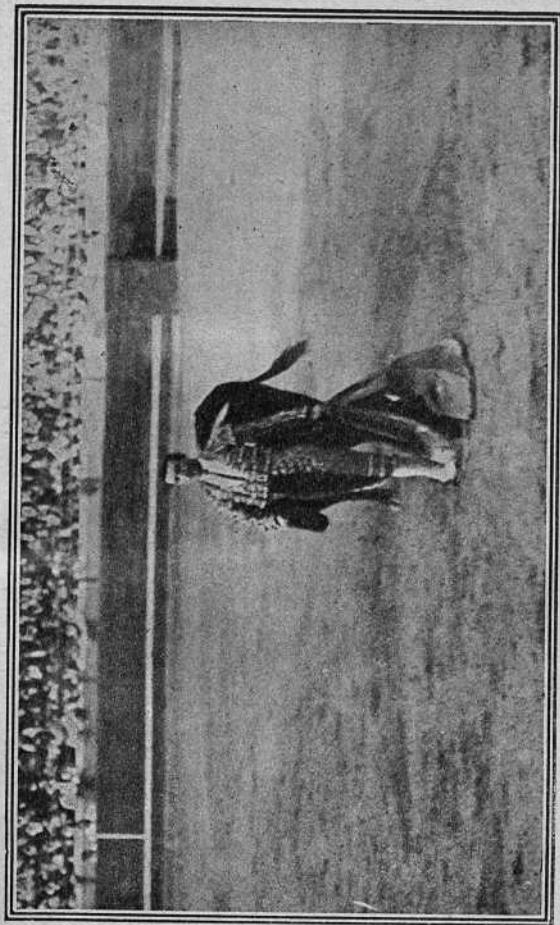
Y así fué. Un día, al salir el chiquillo de uno de sus productivos baños en el Guadalquivir, se vió aterrado ante los bigotazos fieros de un guardia civil, que le agarró del cogote, y, sin darle más tiempo que el necesario para cubrir sus desnudeces con las humildes ropas, se lo llevó á la *casilla*, donde durmió aquella noche.

Apenas despuntó el alba, al día siguiente salió Rufino, en conducción y entre dos civiles, camino de Bilbao. Después de este éxodo doloroso, el chico llegó á su pueblo, recibió las consiguientes reprimendas familiares y volvió, cariacontecido y rabioso, á la fábrica de grabar cristales.

Pero ya su trabajo no era el de antes. Lo hacía despacio y de mala gana. Y en vez de grabar en las vidrieras figuras místicas y atormentadas, entreteníase en dibujar lances del toreo, gallardos quiebros de rodillas, excelentes suertes de varas y airosos espadas brindando ante la presidencia.

Pronto sintió las nostalgias de las capeas, y casi á diario escapábase de su casa para irse á torear por los pueblos. Volvía, generalmente, tundido por una paliza ó con la carne desgarrada por un puntazo; pero el mozo disimulaba el percance, ocultaba sus dolores y trabajaba como si nada le hubiera ocurrido.

Tenía el muchacho un padrino, hombre rico, propietario de una acreditada taberna de Bilbao. Al tal padrino se le ocurrió un día traerse á Madrid al mozo, y éste pasó una temporada en la



Adornándose al rematar un quite

corte, divirtiéndose lindamente y corriendo alguna que otra juerga descabellada.

Un domingo fueron el begoñés y su protector á la vieja plaza de Carabanchel. Dos modestos novilleros toreaban unos boyancones enormes, resabiados y mansos. La lidia se desarrollaba sosamente, sin lances ni emociones. Y he aquí que, cuando el último toro salía del chiquero, sintió Rufino que le hervía la sangre en las venas y que el corazón le saltaba en el pecho. Sin pensarlo, llevado de su afición entusiasta, se arrojó al ruedo, se quitó la boina, y solo, entre el pánico de los toreros *de verdad*, se fué al bicho, le citó, le alegró y, con la mísera gorrilla, le dió seis recortes ceñidísimos, burlando la ciega acometida del animal y manteniéndose erguido y con los pies juntos.

La ovación fué unánime y estruendosa. Lloraba Rufino ante los aplausos, por ser los primeros que escuchaba. Y cuando volvió junto á su padrino, que aún estaba pálido y tembloroso por la emoción, le dijo :

—Ya tú ves, pues... Torear que puedo y torear que dejarme tienes.

O cosa parecida, que no hubo allí taquígrafo que transcribiera las palabras con la debida exactitud.

Después de lo relatado, Rufino se lanzó al toreo y emocionó á los públicos con sus rabiosas valentías, y oyó ovaciones clamorosas, y sufrió cogidas graves que le pusieron, á veces, en peligro de muerte...»

A los quince años estoqueó Rufino el primer bicho en una capea cercana á Bilbao.

De este lance sacó el ex monaguillo bilbaíno una cornada en una ingle.

A los diez y siete años actuó de sobresaliente en Bilbao, en una novillada que mataba *Coche-rito*, y dió muerte con valentía al último toro.

En Madrid debutó el 31 de Julio de 1904, con *Platerito* y *Almanseño*, en una novillada con toros de Palha y Muriel.

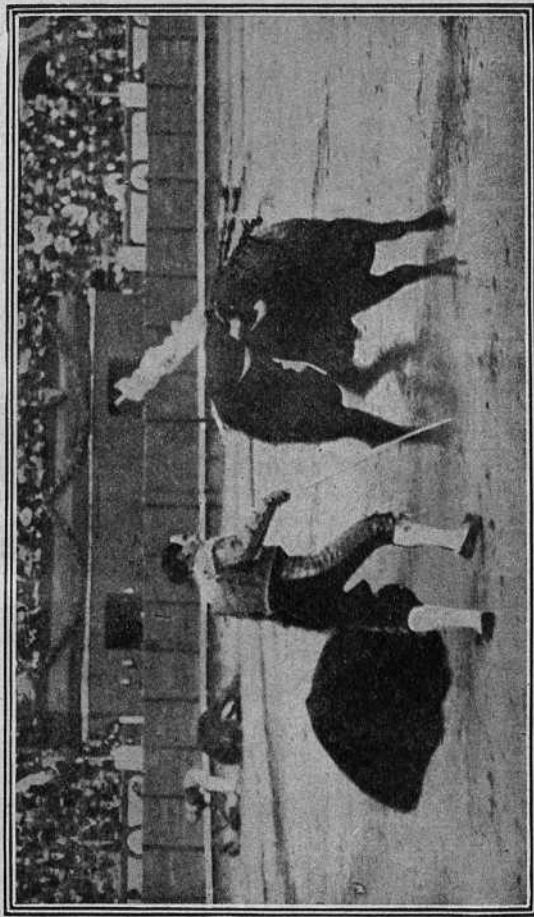
Desde entonces figuró gallardamente entre los mejores novilleros, hasta que el 8 de Septiembre de 1908 le dió su paisano el *Cocherito* la alternativa en Bilbao, con toros de Conradi. Aquella corrida fué un éxito para los dos y los bilbaínos salieron entusiasmados.

Con muy buen resultado trabajó algunas corridas después y marchó á Méjico, contratado con Gaona por la empresa de Ramón López.

En la República mexicana toreó cinco corridas seguidas en la capital y unas 14 por los Estados.

Volvió á España, y, sin pasar por la Plaza de Madrid, pudo tomar parte en 18 corridas, algunas de ellas, como las de Valladolid, Salamanca y Logroño, con éxito extraordinario.

En Bilbao, y en Agosto de 1909, *Bombita* confirmó á Rufino la alternativa, recibida el año anterior. Con el mismo aplaudido diestro de Tomares, toreó *Chiquito de Begoña* la corrida patriótica á beneficio de las víctimas de la guerra de Melilla, organizada por la marquesa de Squilache.



Pasando de muleta

Este año lleva *Chiquito* toreadas 10 corridas de toros. En dos de ellas ha estoqueado, él solo, los seis bichos.

En su vida torera ha sufrido *Chiquito de Be-goña* 14 cogidas. De éstas, dos (en Madrid y Zaragoza) de bastante importancia.

El buen crítico taurino *Dulzuras*, ha formulado, al principio de la actual temporada, el siguiente juicio de Rufino San Vicente :

«Desde las primeras veces que le vimos torear, notamos en él una valentía grande, mezclada con cierto atolondramiento, muy propio de todo el que empieza. Después tuvo una enorme falta de facultades que, al haber persistido, le hubiera quitado de torero; pero cuidó este tan interesante particular, y una vez que hubo recuperado las fuerzas, mejoró sus condiciones toreras y se abrió paso, según necesitaban su cartel y aspiraciones.

En cuanto recobró las energías demostró, como era natural, más valor y más arte, pues que le sobraba la confianza para colocarse en terrenos que antes no podía pisar.

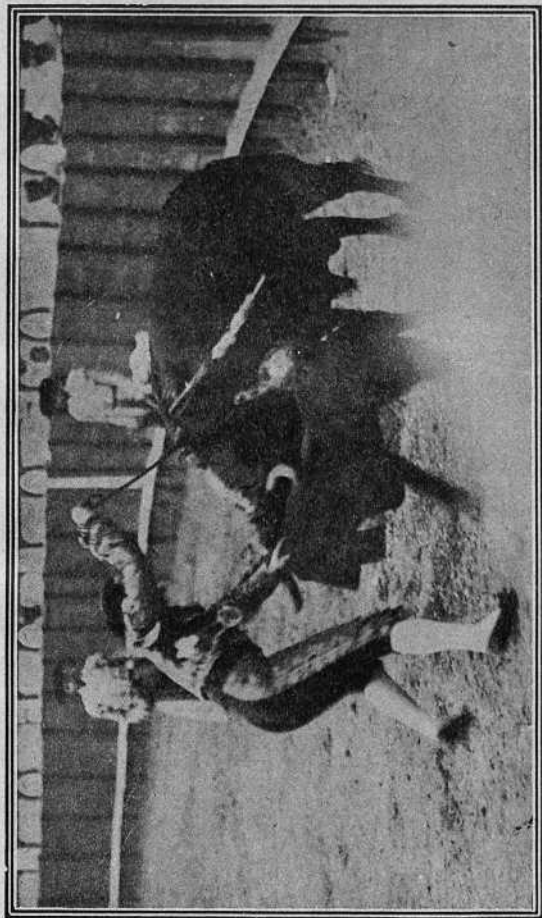
En esta situación se halla ahora.

Sabe torear, y, para no olvidarlo, practica casi diariamente con Paco *Frascueto*, á quien respeta y quiere, como á su preceptor que es. Al matar entra derecho, y si no olvida ninguna de estas dos condiciones, puede con ellas llegar muy lejos y mostrar que, para ser torero bueno, es igual nacer junto al Nervión, que junto al Guadalquivir ó al Manzanares.»

Hoy comienza, digámoslo así, la vida torera de Rufino San Vicente. Hoy, de manos de *Regaterín*, se doctorará el valiente matador de toros bilbaíno. Muchas esperanzas tienen sus paisanos y la afición taurina. De las faenas que hoy ejecute en el coso de la carretera de Aragón, quizá dependa el que Rufino posea cortijos, dehesas, automóviles y refulgentes solitarios. Madera tiene, afición le sobra, que le acompañe un poco la *diosa Suerte* y *Chiquito de Begoña* será inscrito con letras de oro en los anales taurómicos.

Bilbao cuenta ya con dos buenos matadores de toros : Cástor Ibarra y Rufino San Vicente.

FIN



Una buena estocada

ESTE FOLLETO FUÉ IMPRESO
EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA
ARTÍSTICA ESPAÑOLA, SAN ROQUE, 7
LOS GRABADOS LOS HIZO DURÁ Y COMPAÑÍA
EL PAPEL ES DE LA CASA TORRAS
CALLE DE RELADORES, 7 Y 9
MADRID, 8 IX-MCMX

¿Habéis leído
El arte de torear de
Dalmacio Higuera
(Enagüitas)? ¿No?

Pues á leerlo;
que tiene mucha
gracia y no cues-
ta más que **veinte**
céntimos en toda
España.











MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 412 | Precio de la obra

Estante . 1 | Precio de adquisición

Tabla... 8 | Valoración actual

Número de tomos.



